

zase su garganta bastaría á labrar un pliegue en su máscara italiana. En fin, pronto lo verá.

MANSFELD. ¿Tú le vas á herir?

ULRICO. Yo. Todos nuestros amigos lo ignoran aún, pues he querido guardar este secreto hasta el último momento. A las siete y media nos aguardan en las ruinas de San Estéban para concertar las medidas supremas.

MANSFELD. El conde es suspicaz y está bien guardado.

ULRICO. Lo sé. Sé tambien que su jubon está forrado de láminas de acero, pero guardo allá arriba en una cajita, como una joya sin igual, un talisman delante del cual desaparecerán todos los obstáculos, y es una carta de nuestro antiguo maestro el doctor Staumer, dirigida al conde. Staumer se hallaba moribundo en Viena, hace cinco meses, cuando el conde le mandó llamar con toda urgencia; el conde padece un mal interior que le roe el pecho, mal que tambien padeció su padre, y de que le curó Staumer. Staumer era un dios para él: al mismo tiempo recibí la noticia de la muerte del doctor, y una carta en la que me recomienda al conde como el mejor de sus discípulos. Delante del médico, claro está que se abrió el jupon de las chapas de acero: con un mismo golpe le curaré á él de sus males y á nosotros de los nuestros.

MANSFELD. Bien, pero ya se hace de noche: ¿no es este el momento de la cita?

ULRICO. Sí, vamos. *(Se vuelte hácia Alix, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en las manos.)* Esa emoción le ha quebrantado. Ya no la verá mas ni dormir ni velar.

MANSFELD. Ven.

ULRICO. *(Mirando á Alix con ternura.)* Volveré para tomar la carta.

MANSFELD. Mejor harías en tomarla ahora.

ULRICO. No, volveré, es mas seguro. Vamos. *(Vanse.)*

II.

Una estancia subterránea en las ruinas del convento de San Estéban, en la que hay varias hilas de asiento de piedra, y un púlpito en frente de los asientos: encima del púlpito un crucifijo de mediorrelieve esculpido en la pared. La escena está iluminada por teas hincadas en argollas de hierro sujetas á las paredes. Como hasta veinte conjurados, algunos de ellos enmascarados, ocupan una parte de los asientos: van llegando otros nuevos, y sentándose despues de haber dado el santo á un hombre que está de pie á la puerta con una espada, desenvainada en la mano. Entran Ulrico y Mansfeld.

MANSFELD. ¿Quiénes son esos tres que llevan capuchas blancas como la tu-  
ya? ¿Los otros jefes? *(Continuará.)*

CRISTÓBAL COLON.

Colon ha descubierto un mundo, ha venido y por su parte ha dado la América á la Europa. ¡Oh cuán grande y bello destino el de aquellos hombres que pueden decirse á sí mismos en el lecho mortuario.—Mi vida no ha sido inútil, ni yo he sido una carga inútil sobre la tierra; poeta, he consolado á los hombres con mis versos; hombre de estado, he servido á mi patria con la política; soldado, la he defendido con mis armas. Aun mejor que todo eso. ¡Feliz el que puede decirse: he dado á mis conciudadanos un buen telar para hilar el cáñamo; les he enseñado el medio de conservar el pescado haciéndolo secar al humo! No hay servicios pequeños hechos á la causa de la humanidad. La Holanda ha levantado una estatua de bronce al marino que le enseñó á secar el arenque! ¡Dichosos aquellos que han sido útiles á sus semejantes! ellos han llenado todo su destino acá abajo, pueden morir en paz; tienen para sí el reconocimiento de los hombres y el descanso en el cielo.

Pero hallarse como Cristóbal Colon, pobre y sin nombre y sin pan, perdido entre la multitud, y sobre la orilla del mar contemplativo y diciendo: ¡Hay allá lejos un mundo que me pertenece! Y en medio de esto buscar por toda la Europa un rey que quisiera aceptar este mundo que él daba en cambio de algunos buques; ver á todos los sabios del siglo reirse de esta proposición, compadeciendo á su autor; estar enclavado en la orilla por falta de una tabla para partir, y pensar que es posible morir llevándose consigo á la tumba todo un mundo: esa ciertamente es la mas alta y mas solenne posicion en que jamás se ha encontrado un hombre de genio. Así sin embargo empezó su carrera Cristóbal Colon.

Habia nacido en Génova el año de 1441, en el momento en que iba á empezar ese maravilloso siglo XVI, que fue á hablar con propiedad el primer extremo de la inteligencia europea. Hay quien dice que su familia era de baja esfera, otros por el contrario, que era de un origen noble; ¿mas qué importa?



¡qué más da á hombres que adquiriera tanta gloria un apellido más ó menos! Ellos son toda su familia, y son al mismo tiempo su presente y su porvenir. Lo que sí es cierto es, que los padres de Cristóbal Colon eran pobres y habían perdido sus bienes en la guerra. Los primeros estudios de Cristóbal Colon fueron estudios literarios; estudió las leyes civiles y los poetas, y tomó de memoria escritos de mérito, de modo que iba á ser un literato, cuando vivió un día el mar, y desde aquel día se apoderó de la mar, desde aquel día dejó los libros de los hombres para leer en el cielo; ese libro de Dios. Y vedle ahí que emprende todos los viajes, que aporta á todas las playas conocidas, que sigue el curso de todas las estrellas, que se aplica á comprender esta tierra que se lo había dicho ser enteramente redonda, que sabe lo que era, y de la cual sin embargo solo se conocia media superficie. Metida una vez semejante idea en tal cabeza, la idea debía tomar cuerpo. Esta idea lo perseguía de día y de noche por tierra y por mar; siempre la llevaba consigo. Hablosele un día de la brújula, admirable aguja magnetizada, que siempre se dirige al Norte; y acababa de ser descubierta; Cristóbal Colon comprendió que con la ayuda de la brújula el navegante podría en adelante alejarse de la tierra sin temer nunca perder la estrella conductora en el cielo. Este fué ya un primer paso para el descubrimiento. Mas cuánto camino nos queda que andar!

En otra ocasión Pedro Torneo, pariente de su mujer, trajo para Cristóbal Colon un pedazo de madera hallado en alta mar, de una forma rara y muy nueva. Este pedazo de madera fué para Cristóbal Colon como una especie de revelacion súbita, y desde aquel día no dudó ya del descubrimiento: tan cierto es que un hombre de genio saca provecho de todas las cosas. Ahora restaba solamente partir.

¡Empero cómo había de partir? ¿Dónde hallaría el buque que debía conducirlo á ese mundo que le llamaba? Primeró propuso Cristóbal Colon la América como una adquisicion á la república de Genova su patria. Los genoveses le oyeron con desprecio. Repulsado por los genoveses, ofreció Colon su mundo á Juan II, rey de Portugal. Al cabo se dió oídos á su oferta; pero antes se enviaron otros navegantes encargados de quitar á Cristóbal Colon el universo que proponía al rey de Portugal. La expedicion se frustró porque el piloto no tenía confianza en sus operaciones. Regresó tratando á Colon de visionario. Este enfadado partió para Londres, y no habiendo adelantado nada en Londres volvió á Portugal, que no le fué mas favorable que la Inglaterra. Durante cinco años anduvo así errante por caminos y puertos, de corte en corte, devorado por los pesares, desgraciado y desesperado. Por fin, un día en el momento en que iba á partir de España, donde estaba sin última esperanza, para no volver más, la reina Isabel le despachó un correo, anunciándole que la reina daba crédito á lo que aseguraba Cristóbal Colon. Esta reina Isabel era

mas bien que mujer, un grande hombre, y estaba entonces ocupada en reconquistar la España de los moros, que por espacio de quinientos años domaban las hermosas provincias de Andalucía, de Castilla, de Navarra, de Aragon. Toda España quedó al fin libre de ellos. Qué reina y qué mujer dirigir, y con buen tino, dos tan grandes empresas á un mismo tiempo; la libertad de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo! Perteneció al siglo de las inteligencias, y supo comprender á Cristóbal Colon; por lo demás tratábase solo de confiar á ese genio algunos buques para que lo llevasen á aquellas playas desconocidas. El 19 de Abril de 1492 fué cuando Cristóbal Colon firmó su tratado con la reina Isabel. En este tratado la reina le reconocia como virey de todas las tierras, islas y mares por descubrir. Hecho esto el 2 de Agosto del mismo año, en el puerto de España que llaman Palos, tres buques que llevaban noventa hombres se hicieron á la vela para América. Esta escuadra habia ya perdido la tierra de vista, y causó grande admiracion á los marineros de la flota no ver otra cosa mas que el agua y el cielo, y siempre el cielo, nunca un navio ni un árbol. Entre tanto Colon, enteramente dedicado á su descubrimiento, fija la vista en la brújula, consultaba los vientos, é interrogaba al cielo. Nueve dias iban pasados en alta mar, y ya los marineros temian no volver á ver mas la España. Sin embargo, se adelantaba siempre, y siempre sin ver otra cosa que agua y cielo. Únicamente se habia hallado un tronco de un mástil de navio, se habia visto una ráfaga de fuego ocultarse en el mar. Se esperaba con impaciencia la tierra, mas no aparecia. Cristóbal Colon seguia siempre su derro-

tero! No obstante, los marineros pasaban ya del temor á las quejas. Guardaron todavia algunos dias; pero no habiendo descubierto nada, instaron por las velas á España. Gritaron: ¡España! y se quejaron de sus jefes. Cristóbal Colon procuraba templarles y tranquilizarlos con su ejemplo y sus discursos, ya hablándoles de las tierras que iban á descubrir, ya amenazándoles con la ira del rey y la indignacion de España, si retrocedian antes de haber acabado su viaje. Por este medio contenia algun tiempo las quejas; pero no tardaban mucho en volver á empezar. Se formaban grupos sobre el puente del navio, se acusaba en alta voz al almirante, conspirando contra él y amenazando su vida. Decian que era preciso deshacerse de él y regresar á España, sin continuar mas al lado de un hombre que los llevaba á su perdicion. Cristóbal Colon siempre entregado á sus estudios, escuchaba las amenazas, y entonces le era preciso dejar su brújula y su estrella para presentarse en medio de los contentos, y contestar el tumulto unas veces con ruegos, otras con amenazas. Una vez hizo Colon que al rigia gritase: "tierra, tierra!" A este grito toda la tripulacion corre al puente, buscando la tierra y esperando verla. Cristóbal Colon gana así dos dias de sumision y de respeto. Mas la tierra no se llegó á



ver, ó mas bien desapareció, porque era solo una nube, y entonces los murmullos se reprodujeron con mas fuerza. Cristóbal Colon reunió la tripulación y manifestó que dentro de una hora la tierra que buscaban se hallaría á la distancia de setecientas cincuenta leguas de la Inglaterra. Añadió que iba á cambiar de rumbo y seguir el vuelo de los pájaros, á ejemplo de los portugueses, que de esta manera han hecho todos sus descubrimientos. Y en efecto, muchos pájaros desconocidos hendian los aires; un olor fuerte á tierra llegaba hasta los barcos: un dia pasó cerca del buque una planta cultivada por la mano del hombre, se percibió una ramá de espino cargada de fruto; el viento era fresco: caía estaba la tierra. Colon era dueño de ella! No la veía aún, mas allí estaba á no dudarlo. Informó de ello á los marineros.—Velad toda la noche, les dijo, vereis la tierra mañana al despuntar el dia. Al primero que la divisase le daré una chupa de terciopelo, y lo prometo en nombre del rey diez mil marcos de plata. Discúrrase si se mantendrian despiertos toda la noche. En fin, el 12 de Octubre de 1492, despues de una navegacion de treinta y cinco dias, Cristóbal Colon descubrió el Nuevo Mundo. A la vista de ésta los marineros gritaron la *Salve*. Saludaron con las miradas la tierra prometida y tan desentada. Colon pasó á una barca llevándo el estandarte real, y puso el primero el pie sobre aquella tierra, de la cual era el estandarte creador. Al punto los marineros de rodillas y banados los ojos en lágrimas, le pidieron perdon de su sulevacion proclámandole vice-almirante. Asi fué descubierto el Nuevo Mundo. So necesaria un volumen entero para referir la historia de este descubrimiento, que no es un descubrimiento sino una revolucion.

Cristóbal Colon, abrumado de pesares, privado de su protectora la reina, lastimado á las fatigas del camino y del cuerpo, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, á los sesenta y cinco años de edad. Habia dejado dispuesto que se colocase en su sepulchro las cadenas de que volvió cargado por órden del rey en su segundo viaje.

Jamás hubo hombre mas favorecido por la naturaleza. Su cuerpo era completamente digno de albergar una alma tan bella. Tenia los ojos azules y sabios; su apostura estaba llena de nobleza; era elocuente, afable y festivo, sobrio y moderado en todas las cosas. Tenia todos los géneros de valor. No obstante sus largos viajes y sus estudios astronómicos, no habia dejado de cultivar las bellas letras, y la poesia fué con frecuencia todo su consuelo en las penas de la vida. Hacía versos latinos, que era toda la poesia de aquella época. Decir que creía en Dios como un completo creyente, lo considero inútil, pues la creencia es el solo principio de las grandes cosas.

# ALIX,

## LEYENDA ALEMANA.

En un tiempo hubo un conde que tenia un hijo llamado Alix, el cual era muy hermoso y valeroso. Su padre le habia dado una gran herencia, y él se habia dedicado al comercio por nuestro.

Un dia Alix se fue á un viaje, y se encontró con un judío llamado Mansfred. Este era un hombre muy rico y poderoso, y Alix se le hizo amigo. Mansfred le contó que habia un conde que tenia un hijo llamado Alix, el cual era muy hermoso y valeroso. Mansfred le dijo que si Alix se casaba con la hija del conde, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Alix se casó con la hija del conde, y se hizo muy rico. Pero el conde se dio cuenta de que Alix era un judío, y se puso muy enojado. El conde le dijo que si Alix no se casaba con su hija, se haria muy rico.

Los conjurados. ¡Amén!



ULRICO. Ya sabéis que nuestros hermanos de Furth, de Wurtsburgo, de Bamberg, fiados en nuestro empeño, van á levantarse esta noche y á arrojarse de sus ciudades á los gobernadores del conde. Si demostrásemos nuestra empresa un solo día, los venderíamos cobardemente entregándolos á una muerte segura; vamos pues á consumir esta noche el grande acto para el que fraternalmente nos hemos conjurado.

Todos. ¡Amen!

ULRICO. Diga ahora cada jefe lo que ha resuelto hacer, luego hablaré yo por los estudiantes y por mí.

(Enrique Fritzlar sube al púlpito y se queda pensativo, con las manos cruzadas sobre su enorme barrigon.)

SALADO. (Gritando.) ¡Mas alto! que no se oye.

FRI TZLAR. (Desdénoso y solemne.) Dignos hermanos míos.

SALADO. ¡Bien, muy bien!

FRI TZLAR. A todo el mundo es notorio que, maese Salado, por otro nombre Apura-botellas, me está siempre acosando con sus impertinencias, resentido de que lleva seis meses de rondar por debajo de las ventanas de mis hijas, sin lograr obtener de ellas el mas leve favor.

SALADO. Una sola palabra va á confundiros, buen hombre. Vuestras amables hijas, de un padre hermoso vástagos mas hermosos todavía, como dice Flaco, me echaron la otra noche, no ya un ramillete, sino todo un

arbuto en flor, ¡ah!

FRI TZLAR. Si, con el tiesto Parece que os olvidáis del tiesto, amigo.

SALADO. Un arbuto no prende en la palma de la mano; diciendo arbuto, creo que se sub-entiende suficientemente el tiesto. El tiesto era un favor

mas.

ULRICO. ¡Señores!

FRI TZLAR. Por mi parte cumpliré lo que he prometido. En cuanto se abran las puertas del castillo, y ni un minuto antes, tocará rebato la campana mayor; los gremios armados se reunirán en la plaza del Mercado, y los síndicos en el ayuntamiento, donde redactaremos una exposición al emperador, para implorar su proteccion y reconocer su honorio mediante la conservacion de nuestros fueros.

SALADO. Excelente, pero contradictorio.

FRI TZLAR. (Animándose.) Sin embargo, no quiero ocultarlo; si Enrique Fritzlar conserva voz y voto en el ayuntamiento, la ciudad de Nuremberg decretará su primera ley de policía contra esa clase turbulenta de ruidos insolentes que se pretexa de dedicarse á estudios cuya importancia dista mucho de compensar los inconvenientes que la residencia... (Murmullos en una parte del auditorio.)

SALADO. ¡Dejadle! ¡dejadle! le desano á que concluya su frase; prosigue, prozo de ciencia. (Fritzlar baja del púlpito en medio de una risa general.)

MUNUS. (Desde su asiento humildemente.) Dignos señores, tengo tan poco

SALADO. ¡Al púlpito!

MUNUS. Solo dos palabras.

SALADO. Ni una sola. Al púlpito.

MUNUS. (Subiendo al púlpito.) Diré una sola palabra.

SALADO. Pues decidla.

MUNUS. ¡Así se me caiga un ojo de la cara á cada mentira que diga! Mis hermanos y yo marcharemos al socorro de los bizarros estudiantes y de los valerosos gremios de la respetable ciudad de Nuremberg; pero así me caiga muerto aquí mismo, y antes dos veces que una, si no sale de mis labios la pura verdad; somos unos pobres infelices que nos quedamos á perecer con nuestros pobres hijos, si en el tumulto nos saquean nuestras pobres casas.

SALADO. *Theaurus linguarum*, tesoro de elocuencia; *Et veritatis*, y de verdad. Proseguid, virgen de Sion.

MUNUS. Esa es la razon porque desearíamos que se nos asegurase una buena proteccion para nuestras casas, mientras estemos ausentes.

RANUCIO DE BIZANCIO. (Con voz estentórea.) Eso corre de mi cuenta. (Se precipita al púlpito, del cual baja Munus precipitadamente.)

Ranucio prosigue.) De mi cuenta corre, digo, velar con mi gente sobre las casas de los judíos; mi propósito además es estar un poco á la mira de todo. Pienso cubrirme de gloria de pies á cabeza desde que empiece la danza hasta que salga el sol. Mi plan es sencillísimo; hele aquí en dos palabras: colocó á ciento de mis lompas á espaldas del castillo; apenas advierten que hay tumulto en el interior, se precipitan, acuchillan á la guarnicion y derriban las tapias en los

casos. Otros ciento de mis perros de presa, desparrramados con disciplina por el barrio de los judíos, se irán presentando sucesivamente á las puertas de todas las casas, que se habrá cuidado de dejar abiertas de par en par, para que las recorran militarmente y se aseguren de que todo está tranquilo, y en especial de que las mujeres obtienen el debido respeto. Entre tanto yo, al frente de doscientos héroes, flor y nata de mi gente, me precipito en persona sobre los cuatro ángulos de la ciudad, con una tea encendida en una mano y está espada en la otra. Como he batallado un poco por esos mundos y he asistido á mas de una toma de ciudad, en que, por decirlo así, nadábamos



hombres y caballos en sangre hasta las rodillas, no hay temor que me falte resolución. Es preciso espumar la olla mientras está hirviendo; tal era la opinión de mi abuela, tal es también la mía. Amigos ó enemigos, á nadie reconozco. ¿Es este ó aquel? ¿Qué se yo! ¿Se llama de un modo ó se llama de otro? Lo ignoro. En tales momentos, el hombre no es hombre, es el filo de una espada. ¡Peguen fuego á esa casa! ¡Un tajo á ese paisano! Zus! zus! á mí, Ranucio! Ranucio! ¡cierra! ¡pilla! mata! saqueo! saqueo!

MUCHAS VOCES. ¡Fuera ese bárbaro!

RANUCIO. (*Limpiándose el sudor de la frente.*) ¡Cómo! ¿Qué dicen esos mercachifles?

LOS CONJURADOS. ¡Id muy noramala con vuestros leones y vuestros héroes!

RANUCIO. Hablemos claros, señores, y sepamos en qué quedamos. ¿Vamos á pelear ó no? ¿Es costumbre batirse con almohadas y monjiles de vida? Yo creía que íbamos á pelear.

ULRICO. Señores, Ranucio es un soldado. Se ha explicado mal: lo que ha querido decir es que será inexorable con los partidarios del conde.

RANUCIO. Por supuesto.

MUNUS. Si la gente del capitán Ranucio entra en nuestro barrio, nosotros nos quedaremos en él para defender á nuestras mujeres y nuestras haciendas.

RANUCIO. Judío, el que insulta á mi gente me insulta á mí!

MUNUS. Señores, señores, es un ladronazo. Me está debiendo doscientos florines, que me ha sacado sobre hipotecas falsas.

RANUCIO. Judío, eres un alave traidor.

MUNUS. Sale á robar de noche por las calles.

RANUCIO. Hay que convenir que esto es insoportable. (*Desenvaina su espada y baja del púlpito.*)

ULRICO. (*Poniéndose delante.*) Ranucio, y tú, judío, ¿quereis perdernos con vuestras miserables rencillas? ¿Teneis alma? ¿Pensais en la hora en que estamos? Judío, nada temas; yo te respondo de tus bienes sobre mi honor. Ya me entiendes, Ranucio; hay muchos modos de hacer traición, y la mayor para con la libertad es un crimen cometido en su nombre, una villanía cubierta con su escudo. Ranucio, abraza al judío.

RANUCIO. Olvidemos lo pasado, digno Munus. (*Le abraza.*)

MUNUS. ¡Socorro! que me ahoga!

RANUCIO. Te engañas, Munus, en ólen á la significación de mi abrazo.

MANSFIELD. (*En voz baja á Urico.*) Cíteme, mejor haríamos en dejarlo é irnos á vivir lejos de aquí.

(Continuará.)

## EL CUADRO DEL FRAILE.

Pocos hombres han alcanzado mas aplausos, gloria y caudal que el pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, artista célebre ya á la edad en que otros no son todavía mas que unos verdaderos niños. Solicitado con ansia por los mas grandes príncipes, que cubrían de oro sus obras maestras y se disputaban el honor de fijarle en su corte, vió luego tributar á la nobleza de su carácter, á sus altos conocimientos los mas lisonjeros testimonios. El duque Buckingham, habiendo hecho saber á Rubens todo el dolor que le causaba la desavenencia ocurrida entre las cortes de Inglaterra y de España, le encargó que comunicase sus designios de reconciliación á la infanta Doña Isabel, viuda del archiduque Alberto. Rubens pasó á Bruselas á ver á esta princesa, logró en breve el objeto de su negociación, y ganó tanto terreno en la privanza de la infanta, que esta le envió cerca del rey de España, Felipe IV, con comisión de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rubens, le nombró caballero y secretario de su consejo privado. Volvió Rubens á Bruselas á dar cuenta á la infanta Doña Isabel de los resultados de su misión, luego pasó á Inglaterra con las instrucciones del rey católico y ajustó la paz á gusto de las dos potencias. El rey Carlos I colmó de honras á Pedro Pablo Rubens, le confirió sus órdenes, y desenvainó, en pleno parlamento, la espada que llevaba ceñida, para dársela al ilustre negociador. Volvió este en fin á España, donde le dió el rey la llave de gentil-hombre de cámara y le nombró secretario del consejo de estado en los Países Bajos. Un año antes se había casado con Elena Forment, doncella de rara hermosura, de alta cuna, y que á los diez meses de matrimonio le había dado un hijo.

Justamente engraido con tanta felicidad y con una posición que solo debía á su propio mérito, Rubens se había rodeado de fausto, y nunca iba sin una brillante comitiva, numerosa y digna de un príncipe. Sus discípulos, que le habían acostumbrado á una especie de culto, le acompañaban siempre y le formaban un noble séquito; de esta suerte iba Rubens, durante sus viajes, de claustro en claustro y de iglesia en iglesia, visitando las obras maestras que contenían aquellos edificios, porque en la época de que hablamos, las artes, inspiradas por la religión, recibían del clero poderosos estímulos. Mas de un artista que hubiera muerto pobre y desconocido, debió su gloria y su bienestar



á la generosa ayuda que le ofreció el clero del siglo XVII, y como decía el mismo Rubens, la protección de un fraile valió, para un pintor tanto como la de un rey.

Un día Rubens, recorriendo las cercanías de Madrid, entró en un convento de regla muy austera, y reparó, no sin sorpresa, en el pobre y humilde coro del monasterio, un cuadro que revelaba el talento más sublime. Aquella pintura representaba la muerte de un fraile. Rubens llamó á sus discípulos, les enseñó el cuadro y todos participaron de su admiración.

—¿Y quién puede ser el autor de esa obra? preguntó Van-Dick, el discípulo favorito de Rubens.

—Había un nombre escrito al pie del cuadro, pero le han borrado, respondió Van-Tulden.

Envió Rubens un recado al prior para suplicarle que bajase á hablarle, y habiéndolo este hecho así, preguntó el pintor al anciano fraile el nombre del artista á quien debía su admiración.

Cruzó el prior los brazos, sonrió tristemente y respondió:—El pintor no pertenece ya á este mundo.

—¿Ha muerto? exclamó Rubens, ¡ha muerto! y nadie lo ha conocido hasta ahora, nadie ha repetido con admiración su nombre, que debería ser inmortal, su nombre ante el cual se eclipsaría acaso el mío, y sin embargo, añadió el artista con noble orgullo, sin embargo, padre mío, yo soy Pedro Pablo Rubens.

Al oír este nombre, animóse con una expresión singular el pálido rostro del prior. Sus ojos centellearon, y fijó en Rubens una mirada en que se revelaba algo más que una vana curiosidad, pero aquella exaltación no duró más que un momento. Bajó el fraile los ojos, cruzó sobre el pecho sus brazos, que había levantado al cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista no pertenece ya á este mundo.

—Su nombre, padre mío, decídmelo su nombre, para que yo pueda anunciarlo al universo y darle la gloria que merece! y Rubens, Van-Dick, Diepsenback, Jacobo Jordaens, Justo Van-Nuel, Van-Tulden, sus discípulos, casi iba á decir sus rivales, rodeaban al prior, y les suplicaban con empeño que les nombrase el autor de aquel cuadro.

El fraile temblaba: un sudor frío caía de su frente sobre sus mejillas enjutas, y sus labios se contraían convulsivamente, como prontos á revelar el misterio cuyo secreto poseía.

—¿Su nombre! su nombre! repitió Rubens.

Hizo el fraile con la mano un solemne ademán.

—Escuchadme, dijo, me habeis comprendido mal. Os he dicho que el autor de este cuadro no pertenece ya á este mundo, pero no he querido decir por eso que haya muerto.

—Vive, vive! ¡oh! ¡hacednosle conocer! ¡decidnos quien es!

—Ya ha renunciado á las cosas de la tierra: está en un claustro, es fraile.

—¿Fraile, padre mío! ¡fraile! ¡Oh! Decídmelo en que convento, porque es preciso que salga de él. Cuando Dios imprime en la frente de un hombre el sello del genio, ese hombre no tiene derecho para sepultarse en la soledad. Dios le ha dado una misión sublime, y es preciso que la cumpla. Nombradme el claustro donde se oculta, y yo iré á sacarle de él y á mostrar la gloria que le espera! Si me repele haré que nuestro santo padre el papa le mande volver al mundo y tomar de nuevo los pinceles. El papa me estima, padre mío: el papa escuchará mi voz.

—No os diré ni su nombre, ni el claustro donde se ha refugiado, replicó el fraile con tono resuelto.

—El papa os mandará que lo hagais, exclamó Rubens exasperado.

—Escuchadme, dijo el fraile; escuchadme en nombre del cielo! Pensais que ese hombre antes de abandonar el mundo, antes de renunciar á las riquezas y á la gloria, no ha luchado reclamation contra semejante resolución! ¿Creeis que no ha necesitado amargos desengaños, crueles dolores para reconocer, en fin, golpeándose el pecho, que todo en este mundo no es más que vanidad! Dejadle, dejadle pues morir en el asilo que ha hallado contra el mundo y sus desesperaciones. Por lo demás de nada servirán vuestros esfuerzos: saldrá victorioso de esa tentación, añadió haciendo la señal de la cruz, porque Dios, no le retirará su ayuda. Dios que en su misericordia se ha dignado llamarle á sí, no le arrojará de su presencia.

—Pero, padre mío, considerad que renuncia á la inmortalidad.

—La inmortalidad es nada en presencia de la eternidad.

Y el fraile se bajó la capucha sobre la frente y mudó de conversación: de modo que no pudo Rubens insistir más.

Salíó del claustro el célebre flamenco con su brillante séquito de discípulos y todos volvieron á Madrid pensativos y silenciosos.

El prior, de vuelta en su celda, se hincó de rodillas de vuelta sobre la estera que le servía de cama, y dirigió á Dios una ferviente oración: luego cogió un manajo de pinceles, una caja de colores y un caballete que estaban en un rincón de la celda, y los tiró al río que pasaba por debajo de su ventana: luego contempló con melancolía el agua que se llevaba aquellos objetos.

Luego que hubieron desaparecido, volvió á hacer oración arrodillado sobre su estera y delante de su crucifijo de madera.







ya le venda su mano, tiene que morir precisamente. Tanto como vosotros, acabo más que vosotros, estaba apogado á la vida con dulces y poderosos viluculos. ¡Y este es el castillo que le damos en su hora suprema! Por evitar un dolor á nuestros corazones, rasga él su corazón con su propia mano. . . ¡Y este es el á Dios que damos á la generosa víctima! ¡Oh amigos! Yo conozco á esa víctima, junto á ella estaba hace un momento; tenía asida su mano y la sentía temblar. ¡Temblaba á causa de mí? No; pero dudaba su alma estaba traspasada de dolor; oyendo en tales momentos vuestras indignas disputas, dudaba de nuestra sagrada causa, dudaba de su sangre, que va á deramar por ella. . . ¡Osais blasfemar en torno de un amigo moribundo? Estais al pie de su lecho de agonía, os tiendo la mano, os digo por mi voz: amigos míos, apartad de mí labios ese cáliz demasiado amargo; tened misericordia de mi alma, devolvedle la fe! ¡No me dejeis morir desesperado, morir sin creer en los nombres porque muero, sin creer en la patria, en la libertad, en la sana fraternidad humana! Amigos, hermanos, escuchad esta voz que no volveremos á oír ya más; si tenéis un corazón, vosotros, todos los que estais presentes, yo os lo suplico de rodillas, pidamos perdon á Dios de haber infundido en esta solemne hora dudas tan impías en el alma de un mártir. (Se arroja sobre el conde.)

**LOS CONJURADOS. (Arrojándose.)** ¡Viva Ulrico! ¡Muera el conde! ¡Viva la patria!

**ULRICO.** Gracias, gracias por él. Ya es llegada la hora; no hay aquí ningún sacerdote. (Se adelanta un sacerdote hasta el pie del púlpito.) Padre mío, esta noche va á morir el conde Odoardo de Altena, falsamente llamado conde soberano de Franconia. Con la violencia se ha robado la libertad que nos dió Dios; con la violencia la arrebatamos; en nombre de Dios, lo que nos ha robado. ¡Vuestro puesto, padre mío, no está en la lid, toda la noche haréis oración delante de este crucifijo por el alma del conde, pues si es un acto impío dejarse despojar de la santa libertad que se ha recibido del cielo, también la vida es cosa santa, y debemos arrojarnos delante de Dios, cuando matamos, aunque sea á un tirano. Al mismo tiempo, padre mío, pedireis á Dios por el que va á herir al conde.

**EL SACERDOTE.** ¿Quién es, hijo mío?

**ULRICO. (Estremecimiento y murmullos entre los conjurados.)**

**ULRICO. (Se arroja y hace oración; luego levantándose.)** Yo.

**SALADO.** ¡Bravo!

**ULRICO.** Mis amigos rodean el castillo, y al primer grito de alarma forzarán

la guardia. Bueno sería que uno de vosotros viese el arroyo de entrar detrás de mí para dar la señal desde dentro. ¿Quién me seguirá?

**MANSFIELD. Yo.**

**SALADO.** Señor forastero, ¿es salud?

**ULRICO.** Amigos míos, ahora á vuestros puestos. Si dentro de un cuarto de hora no estoy en el castillo, llamaidme traidor. Ven, Mansfield.

*(Los conjurados se dispersan.)*

**SALADO. (Corriendo detrás de él.)** Mal me has tratado en tu filipica, pero no importa; permíteme que te dé un brazo.

**ULRICO. (Rechazándole.)** Dejame.

**SALADO.** No; pues te arrepentirás como hay Dios; te recordará las uñas que será un gusto. (Vase.)

III

**EL ESCENO.** Entrán Ulrico y Mansfield. *(Ulrico se acerca á ella, la mira un momento en silencio, y luego la besa en la frente muy conmovido.)*

**ALIX.** Ya ha llegado el momento!

**ULRICO.** Mansfield irá conmigo. Nos ayudaremos uno á otro, y Dios nos ayudará. ¡Nada temáis!

**ALIX.** ¿A qué hora?

**ULRICO.** Ahora mismo. Vámonos, hermosa mía, si puedes que consigas en mi vida, no tembles. (A Mansfield.) Voy arriba á tomar la carta de Stauden. (Sube por la escalera de caracol, y desaparece.)

**MASSRELO.** Alix, valor; en nombre de Dios: De una sola lágrima de una moderna mujer suelta depender, hijo mío, el honor de un hombre y á veces el desmoronamiento de un pueblo. (Alix coge sin responder la mano de Mansfield; en el mismo instante se oye un grito en la estancia superior, y Ulrico baja la escalera corriendo, pálido y desencajado.)

**ALIX.** Dios mío, ¿qué es eso?

**ULRICO.** ¿Qué tienes?

**ULRICO.** La carta. No encuentro la carta. ¿La caja está vacía. . .

**ALIX.** ¿Alguno ha entrado aquí? De ¿quién ha venido? ¿habrás dejado la puerta abierta al salir, desgraciado!

**ALIX.** Es posible. . . Pero no, no me acuerda; y luego ¿con qué interés pueden haber hecho ese robo? ¿No has ocurrido á todo el mundo la existencia de esa carta? ¿Quién puede haberla robado? ¿Has buscado bien?

**ULRICO.** ¡Si he buscado! Te digo que la caja está vacía. ¡Misericordia de Dios! ¡No hay remedio, no hay remedio! ¡Y cómo acercarme ahora al



conde? ¿Qué pretexto? ¿Qué medio queda? Me recibirá en medio de su guardia, con su coraza en el pecho. Es imposible... ¡soy perido!!!...

MANSFELD. ¿Dónde estaba la llave de la caja?

ULRICO. Colgada de mi cuello, en esta cadena; ¡han forzado la cerradura!

MANSFELD. ¡Es extraño! ¿Y á nadie habías confiado el secreto de esta carta?

ULRICO. ¡A nadie! jamás. Alix, ¡has salido esta tarde?

ALIX. Un instante solamente; en cuanto he tenido tiempo para llegar á Santa Clara, encender una vela y volver. Además, estoy segura de haber cerrado la puerta.

ULRICO. ¡Dios mío! *(Se llega corriendo á una de las ventanas.)* ¿Quién ha roto este vidrio? ¿Le has roto tú?

ALIX. ¿Un vidrio roto? No lo habia visto. No, estoy segura de que no lo he roto.

MANSFELD. Y por aquí afuera están tronchadas algunas ramas de la para. Alguno ha entrado y ha salido por aquí.

ULRICO. Sí, eso es... mientras has estado fuera... ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y yo que he prometido... que he jurado!... De seguro no me creerán; dirán que he faltado á mi palabra, que he quebrantado mi juramento, que he tenido miedo. ¿Y qué hago, qué puedo hacer ahora? *(Se retuerce los brazos desesperado.)*

MANSFELD. No hay mas que una cosa que hacer, avisar á los conjurados sin perder ni un instante. A lo menos salvemos sus cabezas.

ULRICO. ¿Y á los de Bamberg? ¿Y á los de Wurzburg? ¿Y á toda la Franconia lo avisarás tambien? Vivo el conde, su levantamiento no servirá mas que para designarle víctimas. ¡Se han fiado en mi palabra de honor, y por ello van á morir! ¡Oh miserable, miserable de mí! Y la verdad es que los vendo en efecto... yo hubiera debido tener dispuestos varios medios... ¡Dios mío! ¡He vendido á mis hermanos! Cuando hablen de tí, pobre mozo, no te compararán á Bruto, no; te llamarán Judas! *(Se cubre el rostro con las manos.)* Mira cómo te vengo, Alix mía... ¡Ah! razon tenias en despreciarme... ¿Quién sabrá siquiera si ha existido nunca tal carta? He mentido, amigos míos, nunca he tenido esa carta... Mira, Mansfield, vete... Diles lo que quieras... Es preciso acabar con este infierno que tengo en la cabeza. *(Desenvaina violentamente la daga.)*

ALIX. *(Deteniéndole la mano.)* Dánela. Yo á reunir con tus amigos, y estad todos prontos. Yo mataré al conde.

ULRICO. ¡Estás loca, Alix!

*(Continuará.)*

Nadie hay que no haya oído hablar de esas galerías subterráneas, cuyas ramificaciones multiplicadas hasta lo infinito, se extienden hasta fuera de las murallas de la antigua capital del mundo, se prolongan á distancias que todavía no se han podido medir, y la envuelven por todas partes con su red casi intrincada. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, y la opinion mas verosímil es que fueron abiertas desde la fundación de la Roma pagana, para la extracción de púcelana, especie de tierra volcánica que se empleaba y se emplea hoy todavía en la construcción de sus edificios; y no es necesario decir que aquellos duros trabajos eran el destino de los esclavos y de aquellos cuya pobreza los habia reducido á la clase mas infima de la sociedad. Luego que la Roma cristiana apareció en el mundo para ser perseguida por la otra, aquellos pobres, aquellos esclavos á quienes habia recibido en su seno, y cuya caridad y doctrinas sublimes habian mudado su corazón borrando su ignominia, dieron á conocer á sus hermanos las aberturas por donde se penetraba á aquellas grutas, así como sus profundas sinuosidades, donde podrian hallar abrigo seguro é inaccesible. En efecto, como en tiempo de los Césares solo proseguian los trabajos en ciertos puntos y de distancia en distancia, la mayor parte de aquellas inmensas cavernas habian dejado de ser frecuentadas, habiéndose perdido hasta su rastro.

Los cristianos se aprovecharon de esto descubrimiento, primero para ocultar en las cuevas sus muertos, cuyos despojos no querian fuesen profanados mezclándolos con los de los paganos; después para ocultarse ellos mismos cuando la persecucion les obligó á ello; y ahondando algunas veces en la toba de otras galerías debajo de las canteras de púcelana, ensanchando en otros puntos cuando lo creyeron necesario las antiguas escavaciones, las acomodaban de este modo al doble uso de sus sepulturas y sus reuniones. Allí donde el terreno presentaba mas solidez, hicieron para las ceremonias del culto vastas salas de distintas dimensiones, pudiendo ser consideradas como la cuna subterránea de la arquitectura cristiana esas capillas mas ó menos espaciosas.

La mayor parte de los cementerios los establecieron á alguna distancia de las murallas, y á distancias mas ó menos apartadas. Comparativamente hay un número muy corto sobre la margen derecha del Tiber, en los flancos del monte Janículo y en las campiñas inmediatas, pero son mas comunes á la otra parte de Roma bajo los campos y las mamilas de esa vasta llanura que se alza entre el recinto de la ciudad y los montes.

Las grutas del Vaticano son innegablemente uno de los establecimientos subterráneos mas antiguos: es probable que su origen sea anterior á la muerte



de San Pedro, y que suba á algunos años antes del estermio de los cristianos mandado por Neron, "el primero, dice Tertuliano, que ensangrentó la fe naciente," y ora fuese crucificado el príncipe de los apóstoles sobre el mismo Vaticano, ora en la pendiente del Janículo, en el sitio en que está situada la iglesia de *Montorio*, los documentos mas antiguos y seguros están conformes acerca de este punto, esto es, "que su cuerpo fué sepultado en aquellas grutas."

Partiendo del Vaticano se encuentra cerca de la via Aurelia otro cementerio, cuya antigüedad no es muy grande, y donde fueron enterrados Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro en la prision Mamertina, convertidos por él, martirizados un año después, y que hoy reposan en la gran basilica Vaticana, junto á su *confesion*. A alguna distancia de ese cementerio, y tambien sobre la via Aurelia, se hallaba el del mártir Calepido, cuyo cadáver fué sacado del Tiber y enterrado en aquel sitio por disposicion del papa Calisto, su amigo. Tambien allí fué enterrado un tierno mártir de catorce años (san Pancracio), cuyo nombre volveremos á encontrar entre los que sufrieron imperando Diocleciano. A alguna distancia de allí, en las cercanías del Tiber, y cerca de la via Portuense, están las grutas de Ponciano, afamadas desde el siglo IV porque recibió las reliquias de muchos mártires, y cuyo rastro, perdido hacia mucho tiempo, fué encontrado en el siglo XVI.

Después de salir de las grutas Poncianas y pasar el Tiber, se llega á las inmediaciones de la puerta Ostia, donde están situados los cementerios de los santos Félix y Adaneto, de San Ciríaco, San Timoteo de Antioquia y S. Zenon, los cuales forman, por decirlo así, un cinturón de catacumbas en derredor del sitio en que habia sido colocado el cuerpo de San Pablo. El cementerio de Lucina (\*), al cual se habia confiado este precioso tesoro, era muy conocido y frecuentado aun en tiempo de las persecuciones.

Los subterráneos que acabamos de recorrer forman una línea que se extiende desde el sepulcro de San Pedro al de San Pablo, y encierra á casi la mitad de Roma.

Tomando por punto de partida la region del Vaticano, hallamos otra línea

(\*) *Lucina era una mujer cristiana, célebre en los tiempos de las primeras persecuciones por el heroísmo de su caridad para con sus hermanos. Esta caridad la habia demostrado, sobre todo, cuando el mártir Proceso y de Marciano, y he aquí lo que acerca de esto dicen sus actas: "Proceso y Marciano fueron conducidos á las afueras de Roma, y en la via llamada Aureliana les cortaron la cabeza. La bienaventurada Lucina, viendo lo que se preparaba, los habia seguido con su familia y hasta que estuvieron cerca del acueducto donde fueron decapitados, dejando abandonados sus cuerpos para que los devorasen los perros. Entonces la santísima Lucina recogió los cadáveres, los embalsamó con preciosos aromas, y les dio sepultura en una cantería de mármol que poseía no muy lejos."*

de cementerios antiguos, que forma por la parte opuesta un gran semicírculo al rededor de la ciudad santa. En la via Flaminiana, que se abría á corta distancia del mausoleo de Augusto, ocultaba un montecillo la gruta sepulcral del mártir San Valentino. Desde allí hasta la via Salara, parece casi interrumpida la Roma subterránea, y en este último camino las célebres catacumbas de santa Priscila son, por decirlo así, el centro de otras muchas grutas que bajo nombres diferentes solo forman con ellas un inmenso grupo de galerías fúnebres. La historia habla de tres ilustres cristianas llamadas así; la primera mujer de Aquila, discípulo de San Pablo; la segunda mujer de Páunico Pudens, que dió hospitalidad á San Pedro; la tercera contemporánea del papa San Marcelo, á principios del siglo IV. Tal vez esta trabajó por sí sola en el engrandecimiento de aquel cementerio, pues las actas de santa Prudenciana y santa Práxedes hacen mencion de haber sepultado á varios cristianos en las catacumbas de Priscila, á lo menos siglo y medio antes. Así es que su origen se remonta á los tiempos apostólicos.

Allí estaba el sepulcro de la primera familia cristiana de Roma, de la que la historia nos presenta como tal y cuyos nombres conocemos hasta la tercera generacion. Se componia del senador Páunico Pudens, de Priscila su esposa, su hijo é hijastra, Pudens el menor y Sabinela, los hijos de este, Timoteo y Novato, Prudenciana y Práxedes. En casa de Pudens se reunieron los cristianos en un principio para asistir á los sagrados misterios, para recibir la comunión de las manos de Pedro, á quien habia dado hospitalidad. Parece que en las dependencias de su casa habia establecido aquella noble y santa familia un cementerio provisional, en el cual depositaba los cuerpos de los mártires hasta que pudiesen ser conducidos en secreto al gran cementerio de la via Salara. Durante cerca de tres siglos bajaron muchísimos cristianos á aquella morada de la muerte que les habia preparado la misma Priscila, que cuando vivia habia convertido su casa en asilo de tantos confesores de la fe!

Dejando la via Salara, se encuentra cerca de la via Nomentana el cementerio de Santa Inés, esa tierna mártir de la fe y del pudor, cuya interesante historia así como su maravillosa aparicion tienen un lugar distinguido en nuestros relatos. Otros muchos cementerios cuya numeracion sería muy larga, estaban sembrados acá y allá en los caminos que partiendo de Roma se prolongaban entre la puerta Nomentana y la puerta Capena, entre otros en la via Tiburtina, la fosa en que fueron sepultados los cuerpos de San Lorenzo y Santa Ciríaca, y en la cual vienen á desembocar otros muchos subterráneos en la via Labicana, las grandes catacumbas de los santos Pedro y Marcelino; cerca de la via Latina, tan ilustre por sus sepulcros paganos, el cementerio de Serviliano y Simplicio, que debe contarse entre los mas antiguos. En fin, estas dos grandes líneas de subterráneos que acabamos de recorrer y cada una de las



cuales rodea casi la mitad de Roma partiendo del Vaticano, vienen á juntarse hácia el sudeste de la ciudad, donde desembocan en esa via Apia llamada la Reina de los caminos. Allí, en medio de las sepulturas de las familias mas grandes de Roma, está situado el cementerio de San Calixto. Engrandecido y restaurado por el papa cuyo nombre lleva, ya existía hácia mediados del siglo II, y hay algun motivo para creer que habia sido empezado en el primero por esa Lucina que habia cuidado de dar sepultura á San Pablo. Se hace subir á ciento setenta y cuatro mil mártires cuyos cadáveres han sido colocados allí en la sucesion de los tiempos. Efectivamente era bastante extenso para recibir mayor número de muertos.

Al lado de este cementerio, y casi al mismo nivel, se hallaba y existe todavía un subterráneo semicircular, el único á que se dió en aquellos antiguos tiempos el nombre de *catacumbas* (sitio inmediato á las tumbas) ó el de *catacumbas* (sitio bajo y profundo) con el cual se conocen hoy todos esos cementerios.

Algunos autores han pensado que este subterráneo era un monumento primitivamente pagano, que después fué abandonado. Sea lo que fuere, presentaba en su cavidad una iglesia materialmente perfecta, y mucho mas espaciosa que la mayor parte de las capillas que podian hacerse en las canteras de la campiña romana. Por otra parte, su situacion cerca de la via Apia era favorable, pues los cristianos que frecuentaban aquellas catacumbas podian con mas facilidad que sobre otros puntos alejar las sospechas, como que sus idas y venidas podian confundirse con las de aquellos que por motivos de curiosidad ó afecto iban á visitar aquellos sepulcros tan famosos situados á los lados de aquel gran camino. Estas diversas circunstancias y el singular acacimientto que desde el siglo I habia santificado aquel asilo subterráneo, habian determinado á los papas á convertirlo en albergue suyo en los tiempos de persecucion; y en el curso de las siglos II y III, muchas veces la convirtieron en catedral y centro de su gobierno.

Llegábase allí como hoy por dos rampas formadas hácia la via Apia, la una y la otra por la parte de la via Ardeatina. Desde luego se presenta un departamento que dicen era de los papas, y un poco mas abajo se abre la puerta de la basilica, alumbrada en otro tiempo por cuatro claraboyas largas y estrechas. En un rincon de esta iglesia se elevaba la silla pontifical construida de mármol, existiendo incrustado en la pared un banco circular tambien de mármol. En medio está un altar antiguo sobre un pezo, cuyo orificio se puede ver por un agujero abierto en la misma base del altar, y forman una especie de cinturón doce sepulcros arqueados, hechos en la pared (en otro tiempo habia catorce), y colocados en una misma línea horizontal en la circunferencia interior de la iglesia.

## ALIX,

### LEYENDA ALEMANA.

[CONTINUA.]

- ALIX.** Quedarias deshonrado, tú lo has dicho; serias un infame, y yo no quiero que lo seas, y quiero vengar á mis hermanos. Hace un momento abrí tu Biblia: Dios mismo me puso delante de los ojos la historia de Judit. Lo que ella hizo por su pueblo, voy yo á hacerlo por el mio. El billete que me tiró esta mañana el conde, me bastará para entrar.
- ULRICO.** No, no, no puedo resistir á esa idea.
- ALIX.** Pues qué ¿no queda todo lo mismo? ¿Creias acaso haberme engañado? Bien sabia yo que era imposible que sobrevivieses á tu empresa; ¿no habiamos por consiguiente de morir ambos esta noche? ¿Qué importa lo demás? Déjame partir, amado mio.
- ULRICO.** ¿Qué horrible, qué horrible pensamiento! Mansfeld ¿crees que debo consentirlo?
- MANSFELD.** Debes.
- ULRICO.** Pues bien, Alix. . . ¡ah! ¿por qué te he conocido? ¿por qué te he amado?
- ALIX.** El tiempo vuela, déjame salvar tu honor.
- ULRICO.** ¿Pero será posible, Dios mio, que no haya otro medio?
- MANSFELD.** No lo hay.
- ULRICO.** Pues bien, que vaya. . . Un instante solamente, concedeme un instante. . . Si encontrase esa carta. . . voy á ver. . . no os pido mas que un minuto. (*Sube precipitadamente la escalera.*)
- MANSFELD.** Antes dudé de vos, Alix; perdonadme. Si queréis creerme, partid sin volverle á ver.
- ALIX.** Si, amigo, si, tenéis razon. . . pero sin embargo tendria que. . . Estoy tan descompuesta. . . y necesito parecer hermosa á ese conde. ¡Ah! conozco aquí cerca á una vieja judía que trafica en ropas y galas. . . Entraré un momento á su casa. Adios.



MANSFELD. (*Se inclina y besa la mano á Alix.*) Adios. (*Vase.*) Quisiera que me tragara la tierra antes de que baje ese desgraciado. (*Baja Ulrico.*)

ULRICO. Nada, nada, ¿dónde está Alix?

MANSFELD. Se ha ido.

ULRICO. ¿Se ha ido? ¿Cómo! ¿Y tú la has dejado salir!

MANSFELD. Yo le he rogado que se vaya.

ULRICO. Si, ella por sí no hubiera tenido valor. . . Has hecho mal, Mansfeld, muy mal. Necesito hablarla, quiero volverla á ver.

MANSFELD. Ulrico, sé hombre.

ULRICO. No la disuadiré, pero quiero volverla á ver. . . ¿Por dónde ha ido? Mansfeld, amigo mío, dímelo por Dios.

MANSFELD. No lo sé.

ULRICO. Cuidado, Mansfeld, mira que estoy decidido á volverla á ver. Voy corriendo al castillo y la aguardaré á la puerta.

MANSFELD. No lo harás.

ULRICO. Lo haré; por mi honor que lo haré. ¡Tú no has amado nunca, Mansfeld, cuando crees posible que me separe de ella así! ¡Preciso es que la hayan hecho salir por fuerza! . . . Pero loado sea Dios, nunca tendrá valor. . . volverá, estoy seguro de que volverá.

MANSFELD. No.

ULRICO. Pues bien, yo iré á buscarla.

MANSFELD. Ulrico, ahora si que verdaderamente vas á ser traidor.

ULRICO. Te engañas, ya te lo he dicho. Tú crees que voy á detenerla, á disuadirla. . . y no, no quiero mas que verla y abrazarla por última vez. Tú no comprendes nada.

MANSFELD. Si la vuelves á ver, no la dejarás concluir.

ULRICO. Pues bien, sí, tienes razon, la mataré, me mataré en seguida, y suceda lo que suceda. No quiero que sea del conde. Será un traidor. . .

¿Qué me importa? La amo, soy su amante. . . sería un miserable si la entregase á otro. Déjame pasar.

MANSFELD. Ulrico, ¿con que es decir que cuando hablabas de libertad y de patria, mentas descaradamente?

ULRICO. ¡Ah, cruel, cruel! Bien sabes que yo estaba decidido á morir y á perderla; pero echarla en los brazos de otro. . . no puedo. . . ese sacrificio es superior á mis fuerzas. . . Solo de pensar en ello me parece que se me hielá el corazon. No puedo explicarte cómo la amo; toda la sangre de mis venas está llena de ella. ¡Comprende lo que te digo! Se me figura que su abrasado aliento corre por mis huesos y los quema. En fin, la amo como un insensato. . . ¡Déjame pasar!

MANSFELD. No.

ULRICO. ¡Ira de Dios! Déjame pasar, Mansfeld.

MANSFELD. No. (*Desenvaina su espada.*)

ULRICO. (*Cogiendo su espada de encima de la mesa.*) ¡Ah! ¿no quieres! ¿no quieres!

MANSFELD. La traicion no pasará por esta puerta mientras yo viva.

ULRICO. Pues muere. (*Riñen. Mansfeld cae atravesado el pecho de una estocada. Ulrico empuja el cadáver con el pié, y se precipita fuera de la estancia.*)

## IV.

Una sala en el castillo del Reichaverta, residencia del conde. En medio de la sala una mesa cubierta de vajilla de oro. El conde está acabando de cenar.

OTOCAR DE ALTENA, MUZEDIN, enviado de la Sublime-Puerta, PAJES, un CAPITAN de la guardia italiana.

OTOCAR. Sin insonja, señor Muzedin, hablais el alemán como un verdadero purista. ¿Con que os volveis á Constantinopla? Si tenéis por allá algun médico que entienda de dolencias del pecho, hacedme el obsequio de enviármelo. Uno tenia yo muy sabio que asistió perfectamente á mi padre; pero me dicen que se ha muerto, lo cual me quita toda confianza en él.

MUZEDIN. Lo comprendo.

OTOCAR. ¿Lo comprendéis? Hay cierta delicadeza en vuestra respuesta. Otro hubiera dicho: sin duda, pues que se ha muerto. Vos os limitais á decir lo comprendo, expresion delicada, matiz de lenguaje. Poseeis muy á fondo el alemán, lo repito.

MUZEDIN. Vuestra alteza me favorece demasiado.

OTOCAR. No, ciertamente que no. ¡Y decís que el emperador os ha recibido muy bien?

MUZEDIN. Bastante bien.

OTOCAR. ¡Bastante bien, nada mas! Otro matiz de lenguaje. La diplomacia no vive mas que de matices, señor Muzedin. Un matiz en política vale por un cañonezo. Por un matiz mal comprendido ó mal expresado, el mundo se conmueve y los pueblos se destrozan sin piedad.

MUZEDIN. Dios es grande.

OTOCAR. Y los hombres son pequeños; ya veis que no hago mas que completar vuestro pensamiento, y justo es que me permitais alimentar mi conservacion con las migajas de la vuestra. Preciso es confesaros que esta es la cena mas agradable de que conservo memoria; excelente idea habeis tenido en apartaros un poco de vuestro camino para



venir á verme. Yo vivo muy solitario, á causa de la penuria de hombres de ingenio que se advierte de algunos años á esta parte; así es que me veis con tanta boca abierta cuando habláis, como si oyese á un cisne. ¿Queréis creer, señor Muzedin, que años atrás estuve á punto de ceñirme el turbante?

MUZEDIN. ¿El turbante?

OTOCAR. El turbante. No precisamente á causa del turbante en sí mismo, sino á causa de las mujeres. ¿Cuántas mujeres teneis, mi apreciable huésped?

MUZEDIN. Sesenta, señor serenísimo.

OTOCAR. ¿Nada mas que sesenta? Mil y ciento tenía Salomon, si no me es infiel la memoria. Salomon era prudente y sabio; con menos lo fueran otros.

MUZEDIN. ¿Y efectivamente V. A. ha estado á punto de ceñirse el turbante?

OTOCAR. En un tris estubo, señor Muzedin; formábame en mi imaginacion una idea deliciósísima de vuestros serrallos; representábame bajo un cielo siempre puro y en medio de aromáticos jardines, grandes pajareras de alambre de oro llenas de canoros pajarillos, fuentes murmuradoras y mujeres lánguidas de ojos rasgados, tamaños como pueras. Veníame á mí propio lijeramente vestido en medio de aquel agradable caos. ¿Gustais de que os ofrezca un sorbete?

MUZEDIN. ¿Y cómo ese cuadro tan vivo que me trasporta á las orillas del Bósforo, no os decidid, señor conde?

OTOCAR. Lo pensé bien, y vi que no hubiera sido feliz: toda mi vida la hubiera pasado en codiciar los serrallos de mis vecinos, y me hubiera acarreado mil disgustos. En este pais tenemos un precepto que dice: Es preciso contentarse con lo que se tiene y pasarse sin lo ajeno; precepto que yo practico al revés. Poco me importa pasarme sin lo que tengo; pero lo que no tengo es para mí lo necesario.

MUZEDIN. ¡Ja, ja, ja!

OTOCAR. ¿Os reis? Mucho lo celebro. El que logra hacer reir á un hombre de talento, tiene alguna probabilidad de no ser enteramente un bruto.

MUZEDIN. Sin duda.

OTOCAR. Gracias por la lisonja. Hay en voz algo que recuerda al griego del Bajo Imperio; sabéis adular con maña. Yo comparo á los aduladores delicados con los rosales que nos halagan naturalmente con sus perfumes, sin dar señal de advertirlo.

MUZEDIN. En efecto, en efecto.

OTOCAR. ¿No es así? De esta suerte, señor Muzedin, paso yo la vida formulando en máximas mas ó menos felices todas las cosas que he ob-

servado. ¿Os sorprende lo que digo? Veo que os formábais de mí la idea de un tirano brutal y absolutamente literato; pero habreis de saber que yo ejerzo la tiranía por una razon filosófica. Por donde quiera he hallado en la naturaleza una ley inmutable, á saber, el derecho del fuerte sobre el débil. Los árboles grandes ahogan á los pequeños, el leon reina en las selvas por el derecho de sus garras y de sus músculos sin pares. La naturaleza dice á los fuertes: Vuestro es el dominio; el que se siente fuerte y no le toma, es un necio. El último de los pinches de mi cocina que se quejan de mi despotismo, aplasta, á cada paso que da, á millares de seres vivos que hacen retumbar sus imperceptibles reinos con gritos de dolor y de maldicion contra aquel infame pinche que es su tirano. Tened por cierto que existen en el mas ruin horniguero de cuantos se ven á flor de tierra, rimeros de volámenes en que se consigna gravemente que en tal año de la fundacion del susodicho horniguero, la mitad de un pueblo libre pereció víctima de la brutal invasion de un déspota desconocido, y ese año no es mas que el minuto en que la pata de un barrendero se apoyó allí por casualidad. Tal es el orden de la naturaleza. Cada grada de la escala infinita de los seres pesa sobre la grada siguiente. Observad bien lo que os voy á decir, señor Muzedin; ¿dónde empieza la opresion? ¿dónde acaba? Habermé croado, sin dejarme la eleccion de ser ó de no ser, paréceme que constituye ya un abuso inaudito de poder. La opresion es el consorcio que nos dan todas las voces del universo, la exhortacion que se trasmiten las victimas de escalon en escalon. Si mañana uno mas fuerte que yo me derribase de mi solio soberano y se sentase en el en mi lugar, mis últimas palabras serian, que el picaro tiene razon. ¿Qué teneis que decir á esto, señor Muzedin?

MUZEDIN. Nada, á fe mia.

OTOCAR. Pues á fe mia que hay muchas cosas sin embargo que se pudieran objetar á lo que digo, sin ser un pozo de ciencia; pero vos preferiais, bien lo veo, pasar toda vuestra vida por un asno, á quebrantar por un momento las leyes de la cortesía. *(A un paje que entra.)* ¿Qué hay?

EL PAJE. Señor, cuatro desconocidos, que se dicen vecinos de Nuremberg, solicitan licencia para revelar á V. A. secretos de vida ó muerte.

OTOCAR. Que entre primero el de mas edad. *(Vase el paje.)* Señor extranjero, podeis quedaros; vuestro ingenio curioso y observador hallará aquí tal vez en qué entretenerse. *(Entra Enrique Fritzlar pálido y trémulo.)*



OTOCAR. Me parece que conozco esa cara. ¿Quién sois?  
FRITZLAR. Noble conde, yo me llamo Enrique Fritzlar.

OTOCAR. Ya caigo. Teneis dos hijas; os felicito, porque son muy lindas. ¿Que me quereis?

FRITZLAR. Señor conde, vengo á arrojarle á las misericordiosas plantas de V. A. Vuestra vida está en peligro: una conspiracion urdida contra la persona sagrada de V. A. va á estallar esta misma noche; los rebeldes se reunen ya á las puertas de la ciudad. Todos vuestros gobernadores van á ser atacados en vuestras fortalezas.

OTOCAR. ¡Esta noche! ¿Estais seguro de lo que decís, buen hombre?

FRITZLAR. Respondo de ello con mi cabeza, señor.

OTOCAR. Escucha, Azo. *(Habla al oido al capitán de la guardia, que sale al momento)*. Ahora, maese Fritzlar, ¿me direis de qué especie de pillos se compone la cuadrilla?

FRITZLAR. En su mayor parte de estudiantes, señor. Sus dos principales caudillos son Salado y Ulrico, dos perdidos, en particular el primero.

OTOCAR. ¿Ulrico? De ese no me sorprende. ¿Y quiénes son los demás jefes?

FRITZLAR. Los jefes secundarios son Ranucio de Bizancio y el judío Muni-  
nius.

OTOCAR. ¿Y cómo estais tan bien instruido de todo, maese síndico?

FRITZLAR. Señor, beso humildemente los pies de V. A. ¿Dignese conservar un padre á las dos pobres niñas en que ha tenido la real bondad de fijar los ojos!

OTOCAR. Ya, ya, bien está. ¿Vos vivís en frente de San Egidio, no es verdad? Iré á probar vuestra cerveza uno de estos dias. Soldad mi mano, buen Fritzlar. Saludad por mí á aquellas niñas. *(Sale Fritzlar con el paje)*.

MUZEDIN. *(Levantando las manos)*. ¡Alá!

OTOCAR. De poco os asombráis, señor Muzedin. *(Entra Muni-  
nius conducido por el paje)*.

MUNIUS. Noble príncipe, serenísimo burgrave, vedme á vuestros pies.

OTOCAR. ¡Por mi vida que este es el fiel Muni-  
nius!

MUNIUS. Señor, se conspira contra V. A.

OTOCAR. ¿Y a' lo sé. ¿Quiénes son los jefes?

MUNIUS. El primero, el mas encarnizado de todos, es el capitán Ranucio: en segunda línea figuran el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar.

OTOCAR. Modesto sois, Muni-  
nius, no gustais de citaros. . . ¿En cuánto evaluais vuestra cabeza, aquí entre nosotros, en confianza, amigo mío?

MUNIUS. ¡Mi cabeza, señor! Por Abraham y todos los santos patriarcas. . . os protesto que solo por una mera casualidad he sabido. . . ¡Mi cabeza! . . . no puedo calcular. . .

OTOCAR. Modestia, pura modestia por vuestra parte. Yo la tasa en trescientos mil florines de oro. ¡Ah de mi guardia! que me pongan á buen recaudo estos trescientos mil florines, quiero decir, este excelente Muni-  
nius. *(Los guardias se llevan al judío)*.

MUZEDIN. ¡Alá, Alá!

OTOCAR. No os arañqueis ni un solo pelo de las barbas con esta ocasion, mi amado Muzedin, ó creeré que las cosas mas sencillas os dejan estupefacto, ó en otros términos, que sois en un todo extraño al conocimiento del corazon humano, de que yo os consideraba tan profundamente imbuido. *(Entra Ranucio de Bizancio)*. ¿Quién es ese zángano?

RANUCIO. Señor, beso las angustas suelas de los pantufos de V. A.

OTOCAR. Mis pantufos os lo devuelven, capitán. ¿No se llama Ranucio el hijo de vuestro padre?

RANUCIO. Ranucio de Bizancio. ¿Es posible que me quepa la honorífica felicidad de ser conocido de V. A.?

OTOCAR. La felicidad es mia, señor Ranucio, y el honor es de entrambos. Me gustan los hombres que cifien espada, y me honro con su trato.

RANUCIO. Temia, señor, que Muni-  
nius hubiese procurado desconceptuarme en el ánimo de V. A.

OTOCAR. Error, señor caballero.

RANUCIO. Es mi enemigo, y por eso lo creí. Ese perro infiel, ayudado por dos locos, el estudiante Ulrico y el ropero Fritzlar, debia esta noche asesinar á V. A. y pegar fuego á Nuremberg.

OTOCAR. En verdad os agradezco el aviso. Sois un leal servidor.

RANUCIO. ¡No señor, soy un gran culpable!

OTOCAR. ¿Es posible? ¿De quién fiarse, si de vos no? Si la franqueza que respira en ese rostro militar, si las líneas leales de esa mano musculosa no son mas que apariencias, dígoos, Ranucio, que toda ciencia de observacion es vana, y que mi mano izquierda debe desconfiar de mi mano derecha.

RANUCIO. Señor, yo era uno de los cabezas de la conjuracion.

OTOCAR. No, no, por la santa cruz! ¡Os burlais de mi credulidad! ó si es cierto lo que decís, ya no me resta mas que relarme el rostro con mi manto, como el emperador César, y exclamar: *¡Tu quoque!*

RANUCIO. Señor, yo tengo mis defectos: me gusta el peligro.

OTOCAR. Ese es el defecto del leon, camarada.

RANUCIO. Cuando ruje la tempestad, donde yo me refugiaria con preferencia es en la copa de aquellos árboles gigantescos que van á perderse entre las nubes: tal es mi temperamento; y por eso, mientras que otros no veian en la conspiracion mas que un medio de saciarse de botín,



yo veía en ella únicamente la ocasión de arrostrar mil veces la muerte en pocos instantes.

**OTOCAR.** ¡Esto se llama un valiente!

**RANUCIO.** A mí se me habían reservado naturalmente, serenísimo señor, las mas arriesgadas pruebas de la empresa: yo debía sostener el choque de vuestra guardia, precipitarme espada en mano en lo mas recio de la pelea, y no titubeo en decirlo, medirme en ella cuerpo á cuerpo con V. A. mismo.

**OTOCAR.** Por mi vida que me haréis sentir la pérdida de esa ocasión de ganar gloria. ¡Y por qué extraña casualidad, hermano, habeis en la hora del peligro doblgado vuestros impetuosos instintos bajo la ley del deber?

**RANUCIO.** Señor, en primer lugar me daba vergüenza pelear á las órdenes de un impuro judío contra el mas noble príncipe de la cristiandad; luego, representándome la desolacion en que iba á sepultar á esta ciudad, la sangre corriendo á torrentes por las calles, los clamores de las mujeres y de los niños, y en general todos los horrores que iban á salir de esta nueva caja de Pandora, á saber, la vaina de mi espada, sentí conmovirse mi corazón. . . . Acaso V. A. verá en esto una flaqueza.

**OTOCAR.** No por cierto; no veo en ello mas que una varonil generosidad.

**RANUCIO.** Entonces resolví presentarme á V. A. solo y desarmado.

**OTOCAR.** Esa confianza acaba de pintaros.

**RANUCIO.** Creo no haber hecho mas que cumplir con mi obligación; así es que nada pediré en cambio á V. A., mas que un tercio en la confiscacion de los bienes de Munius y de sus cómplices.

**OTOCAR.** ¡Un tercio os bastará?

**RANUCIO.** Soy hombre que me contento con poco; en retribucion de esa dádiva, tengo á la disposicion de V. A. una lista en que he inscrito desde el primero hasta el último, los nombres de los rebeldes.

**MUZEDIN.** ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

**OTOCAR.** ¿Habeis nacido ayer, buen Muzedin? (*A Ranucio*). Vamos, amigo mio, ¿es eso todo lo que tenéis que pedirme? Nada me ocultéis; ya veis además que soy hombre ingenio y sin malicia; yo tomo las cosas como vienen, sin buscar en ellas lo que no está á la vista; así es que si os esperais á verme adivinar vuestros secretos descos para satisfacerlos, os llevais chasco. Deponed pues toda delicadeza y explicaos libremente.

**RANUCIO.** Señor, no quiero ni un alfiler mas.

**OTOCAR.** Ya lo oís, Muzedin. ¿Acaso os imaginábais que el cielo, al distribuir

á Ranucio tantas eminentes cualidades, habia omitido el desinterés? Nada de eso. Este tesoro de virtudes está completo, y he aqui la razon por qué, buen Muzedin, como es práctica constante que un príncipe haga á su huésped un presente de rato á inestimable valor, como vos sois mi huésped, y como en fin no conozco objeto mas precioso en mis dominios ni en toda la tierra, que ese modelo de perfecciones que lleva por nombre Ranucio, os lo regalo.

**RANUCIO.** ¡Misericordia! (*Se arrodilla*.)

**OTOCAR.** Le reintegro con vuestra ayuda en su feudo de Bizancio, con una sola condicion, y es que tan luego como lleguéis, le hagais empalar, no solo en su calidad de dos veces traidor, sino por chancero de mala laya, que se figura que está tratando con un ganso cuando habla conmigo. Que aparten de mi vista á esa miserable. (*Se llevan á Ranucio desmayado*). Reponos, buen Muzedin. El trabajo casi ignominioso de ciertos experimentos no desalienta á un verdadero amigo de la ciencia: el hombre estudioso se acerca sin repugnancia al fetido vaso en cuyo fondo se está elaborando una verdad, así como busca sin horror en las entrañas de los mas impuros reptiles los secretos que la naturaleza se deja arrancar por el genio. Por esta razon, como hombres de estado y filósofos, que somos juntamente, continuemos impávidos descifrando en esos pálidos rostros humanos el libro de la humana perversidad, y contemos sonriéndonos la infinita variedad de las caretas con que pueda revestirse la traicion para engañar á los demás y para engañarse á si misma.

**MUZEDIN.** ¡Y á qué fin, señor, estudiar una ciencia que entristece al hombre y le hace peor!

**OTOCAR.** Hablais como un padre de la Iglesia, señor turco, pero olvidais que es fuerza vivir en medio de esa canalla. (*Entra Salado*). Mirad á ese: ¿quién no se engañaría? Apenas ha llegado á la edad en que se desconfía de los hombres, y ya los vende; si apenas á esa edad se engaña á las mujeres, y él engaña á los hombres. ¿Qué edad tienen, doncel!

**SALADO.** Veinticinco años, señor.

**OTOCAR.** ¡Y qué vienes á hacer aqui!

**SALADO.** Noble señor, permitid que me acerque suplicante. . .

**OTOCAR.** Ya sé lo que me vas á decir. Vete. Esta sala apesta á traicion: basta ya. ¿Tienes una madre? vete con ella. Tienes cara de niño y te trato como á niño; pero no pronuncies ni una palabra de traicion, ó te trataré como á hombre. Vamos á ver, tú eres un calavera. ¿Tienes deudas, no es verdad? ¿Querías matar á tus acredores en el motin,



no es esto? ¡Y luego, al llegar el momento, te ha faltado valor, y ahora vienes á denunciar á tus amigos para que yo pague á tus acreedores?

SALADO. Señor, tengo acreedores, no lo puedo negar; pero no los aborrezco bastante para matarlos, ni les profeso bastante afecto para pagarlos: me son indiferentes. Mi historia es esta: habiéndome metido por casualidad en medio de la asamblea de los conjurados, fingí, para que no me matasen, adherirme á su causa, y ahora vengo á poner en manos de V. A. todos los hilos de tan execrable trama.

OTOCAR. Bien, bien, vete; todo lo sé.

SALADO. No lo creo, señor conde. Ciertos pormenores no son conocidos mas que de un cortísimo número de los nuestros, y uno de ellos, sin ir mas lejos, es el modo como se debe asesinar á V. A.

OTOCAR. Sí, ya lo sé; en medio del combate.

SALADO. No señor, uno de los conjurados ha discurrido un arbitrio para herir á V. A. cuando esté sentado en su mismo solio, y esa será cabalmente la señal del ataque.

OTOCAR. ¿Uno de los conjurados?

SALADO. Un estudiante.

OTOCAR. ¿Ulrico?

SALADO. No, Salado.

OTOCAR. Ya conozco ese nombre; ¿y cómo piensa hacerlo?

SALADO. Así. *(Hiere violentamente al conde en el pecho: vese un cuchillo clarado en el jubón. El conde cae con la violencia del empuje, pero se levanta al momento, y el cuchillo cae en el suelo. Muzedin, los guardias y los pajes se han precipitado sobre Salado.)*

OTOCAR. No le hagais daño.

SALADO. ¿Cómo diablos, señor conde! ¿Aun estais vivo? ¿Luego es decir que llevais un colchon de canónigo encima del estómago?

OTOCAR. No le hagais daño, pero que le tengan bien custodiado. Despejad.

SALADO. Podeis jactaros de ser mas difícil de traspasar que una viga. Si cogen á Ulrico, que le digan lo que he hecho; esto es todo lo que pido y buenas noches. *(Se lo llevan.)*

MUZEDIN. ¿Qué piensa de ese V. A.?

OTOCAR. ¡Hum!...

MUZEDIN. ¿Qué pensais hacer de él, señor?

OTOCAR. Le hare cortar la cabeza mañana temprano. Por lo demás, no os hagais ilusiones, Muzedin; yo entiendo mucho de fisonomías y la de ese perillan es la de un libertino tronera á quien el tedio impulsa á buscar emociones extraordinarias; su accion es mas bien la apuesta

de un loco estragado, que no el sacrificio heroico de un ciudadano; se ha propuesto matarme por no suicidarse. De que la virtud sea una locura no resulta que la locura sea una virtud; me holgara de poder enseñaros, como término de comparacion, ese Ulrico cuyo nombre han pronunciado titubeando nuestros tres traidores; allí veriais un noble semblante varonil; varias veces he encontrado su mirada á mi paso, mirada llena de una cohera franca y leal, que no se tomaba el trabajo de ocultarse, y tanto me ha interesado, que no he podido menos de preguntar su nombre. Es preciso que sepais, señor Muzedin, que yo tambien soy hombre asaz difícil de divertir, por haber apurado ya muchos placeres; tengo momentos de fastidio: no siempre estais vos ahí; tengo, digo, instantes de tedio, en que desearia á este pueblo de Franconia menos resignacion y un asiento menos pacífico á mi solio soberano; pues bien, cuando me exaspera demasiado el disgusto de no sentir bajo mi pié mas que un cadáver inerte, evoco la imágen de mi Ulrico, y me parece entonces que late un corazon en el pecho del cadáver, que ese cadáver se mueve, y que va á reanimarse terrible; así me distraigo.

UN PAJE. *(Entrando.)* Señor, el estudiante Ulrico solicita revelar en el acto á V. A. el secreto de una conjuracion.

MUZEDIN. ¡Alá Kerim!

OTOCAR. ¡Ulrico! ¡Ulrico! ¿Estás seguro?

EL PAJE. Ahí está.

MUZEDIN. Pensativo ha quedado V. A.

OTOCAR. Debe tener algun arma oculta. ¿Le han registrado?

ULRICO. *[Precipitándose en la sala.]* No, no tengo armas, señor, nada temais. Dejadme hablaros sin testigos. Por mi honor, por mi alma os juro que no traigo malos intentos.

OTOCAR. En mi vida he experimentado igual sorpresa. Dejadnos, señores. Ya lo veis, Muzedin; cuando se trata de los hombres, el desprecio y la duda siempre se quedan cortos. Hasta mañana, mi apreciado huésped. *[Retiranse Muzedin, los guardias y los pajes.]*

OTOCAR, ULRICO.

OTOCAR. Habla ahora, mancebo, habla; da á ese rostro, en el que tantas veces han debido fijar pensativas sus dulces miradas las madres, las hermanas, las vírgenes, al pasar por junto á tí; da á ese rostro y al que le ha formado un odioso mentis; habla, engaña, vende, reniega: ya te escucho.



ULRICO. Señor, á nadie vengo á vender sino á mí mismo; vedme á vuestros pies; confieso que soy vuestro mortal enemigo. Hace un año estoy conspirando día y noche vuestra ruina y vuestra muerte; quitadme la vida, señor, pero no me quiteis mas que la vida, y mis últimas palabras saludarán en vos á un enemigo generoso.

OTOCAR. No te hagas el magnánimo; confiesa que eres un cobarde.

ULRICO. No lo confesaré, señor, porque no es verdad. Si Dios no me hubiera impuesto una prueba mas dolorosa que los tormentos del cuerpo, ni vos ni yo estaríamos con vida á estas horas. Señor, tomad mi vida, pero sed generoso: si es preciso envilecerme todavía mas; si queréis que os entregue uno á uno todos mis cómplices, lo haré; pero no me quiteis mas que la vida. . . tened compasion de mi alma. Si os acordais, señor, de haber amado á un ser vivo, aun cuando sea á un perro, tened compasion de mí.

OTOCAR. ¿Hay una mujer de por medio? El dia que entra el amor en un corazon, el honor hace su hatillo. ¿Hay una mujer de por medio, eh?

ULRICO. Escuchadme, señor. Yo tenia una carta del doctor Staumer, que me recomendaba á V. A. como el mas hábil de sus discípulos; con ella debia presentarme esta noche en el castillo; naturalmente hubiérais abierto vuestra coraza para exponer al exámen del médico vuestro pecho enfermo, y en aquel momento os hubiera clavado un cuchillo en el corazon.

OTOCAR. Remedio infalible.

ULRICO. Esa carta me ha sido robada esta misma noche. Ya no me quedaba ningun medio de penetrar hasta V. A.; iba á faltar á mis solemnes juramentos. . . cuando una mujer se ha ofrecido á reemplazarme, y en el primer impulso de la desesperacion he aceptado. . .

OTOCAR. ¿Una mujer?

ULRICO. Una mujer á quien habeis escrito dos palabras de amor. Esta noche debe entregarse á vos y mataros.

OTOCAR. ¿Es una niña morena que veo á veces de lejos á su ventana en la plaza del mercado?

ULRICO. Alix es, sí, señor.

OTOCAR. ¿Y es tu querida? ¿La amas?

ULRICO. Señor, ya lo veis.

OTOCAR. ¿Y te has arrepentido de tu sacrificio?

ULRICO. He corrido por toda la ciudad sin poder encontrarla.

OTOCAR. Y has venido aquí. Bien; y ahora ¿qué me pides?

ULRICO. Justicia para mí y respeto para ella.

OTOCAR. Ulrico, ¿sabes lo que haces? Eras el jefe de la conjuracion, tú eres

el que ha encendido la hoguera y vienes á entregarme la sangre con que voy á apagarla.

ULRICO. Señor, tened compasion de mí, respetadla.

OTOCAR. ¿Es tu primer amor?

ULRICO. Desde el primer dia en que la ví, me pareció que habia bebido un filtro; desde entonces dejé de pertenecerme á mí mismo. He creído amar á mi patria, y á ella era á quien amaba; he creído aborreceros, y era que la amaba.

OTOCAR. No, por mi honor que no te alucinabas; tú habias nacido virtuoso, pero hay un momento en la vida, Ulrico, en que toda la suma de futuro heroísmo que hay en el corazon se llama amor y pertenece á una mujer. ¿Ese sería tu primer amor, no es verdad?

ULRICO. Si señor, sí, no quiero negarlo. Cuando su mano toca la mia, me parece que un dardo de fuego traspasa mi cuerpo.

OTOCAR. ¿Y te ama ella lo mismo?

ULRICO. Por mí dejó á su madre.

OTOCAR. ¡Ah! ¿nunca has sido engañado, di?

ULRICO. No, jamás. La traicion es un arte que nadie me ha enseñado, aunque le practico tan bien; naturalmente lo tenia yo en el alma. [*Se cubre el rostro con las manos y llora.*] Dispensadme, señor, mi corazon se hace pedazos.

OTOCAR. Ahora que pienso en ello ¿dónde estaba esa carta de Staumer?

ULRICO. En una cajita, en mi casa. Alguno ha entrado sin duda por la ventana, y ha forzado la cerradura mientras Alix habia ido un momento á Santa Clara. . . La perra estaba piteoteada y habia un vidrio roto, que es lo que me ha hecho descubrir el robo.

OTOCAR. No está mal discurrido.

ULRICO. Señor, protesto que no os engaño.

OTOCAR. No digo eso. (*A un paje que entra.*) ¿Qué hay?

EL PAJE. Ahí está una jóven que trae este billete para V. A.

ULRICO. Ella es, señor. Tened compasion de mí.

OTOCAR. Que entre la jóven. Ulrico, ponte detrás de ese tapiz. (*Designándole una tapicería que oculta una puerta á sus espaldas.*) ¿Llevas algun arma?

ULRICO. No. . . ¿por qué? ¿qué meditas, señor?

OTOCAR. Toma mi daga. . . puede que te sirva; escóndete. (*Ulrico se esconde detrás del tapiz. Entra Alix.*)

OTOCAR. Acercaos, hermosa niña: miradme cara á cara. ¿De qué color son vuestros ojos? Por mi vida que me deslumbran como si fueran soles.

ALIX. Señor, no me trateis con desprecio; no soy lo que imagináis.